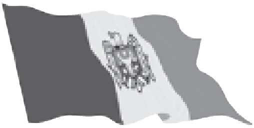

UNA PUERTA MÁS

Febrero 23 *Charlotte Ishkanian*

Anatoly estaba cansado y con ganas de regresar a casa, cuando divisó una última vivienda

Anatoly se alejó cansado de la casa. Los pies le dolían y caminaba con los hombros algo encorvados. Nunca se imaginó cuánto se cansaría cuando aceptó repartir folletos. Quería volver a casa para descansar, pero había prometido visitar todas las casas del barrio y le faltaba sólo una. Susurró una oración y se acercó a la puerta de la última casa.

Anatoly es un adolescente que vive en Moldavia, un pequeño país situado al oeste de Rusia. Su iglesia se había propuesto visitar todas las casas del pueblo. Formaron equipos y le asignaron un territorio a cada grupo. Los equipos visitarían cada hogar, donde regalarían un folleto referente a Dios, además de ofrecerle estudios bíblicos a la familia.

Anatoly tomaba muy en serio su responsabilidad. Por eso, le pidió a Dios que lo acompañara a visitar a la gente del territorio que le asignaron. Después, con folletos en mano, se dirigió con entusiasmo a tocar la puerta de la primera casa.

Una casa más

Horas después, Anatoly se encontraba con los hombros encorvados mientras se alejaba de una puerta más. No se había imaginado cuán agotador podría ser el trabajo de la obra misionera. Había tocado muchas puertas y hablado con muchas personas. Ya quería volver a casa; pero cuando salió a la calle recordó el compromiso que había hecho de ir a todos los hogares del territorio que le habían señalado. Elevó otra oración silenciosa, subió los escalones del porche de madera y tocó la puerta. Escuchó voces y pensó que probablemente la familia tenía visitas. Pero antes que se pudiera retirar, la puerta se abrió y salió una señora de mediana edad que lo invitó a pasar.

—Bienvenido —saludó la mujer—. Pasa y siéntate —le dijo mientras desocupaba una silla. —¿Gustarías una taza de té?

Anatoly aceptó el ofrecimiento y se sentó. Varios jóvenes se acercaron a saludarlo. La mujer, viendo la expresión de sorpresa en el rostro de Anatoly, le presentó a sus 12 hijos e hijas. ¡Doce menores! Anatoly estaba impresionado.

Él les ofreció un librito y una tarjeta de invitación para estudios bíblicos. La familia le agradeció y se mostraron sinceramente contentos de recibir el libro.

Se quedaron platicando por unos minutos y Anatoly se levantó para salir. La señora lo acompañó hasta el portón y lo invitó a regresar.

El joven se dirigió a la parada de autobuses con un peso quitado de encima. Estaba feliz de haber llegado a esa última casa y decidió que volvería a visitarlos.

Cuando Anatoly regresó a saludar a la familia, estuvieron contentos de verlo. Pero cuando intentó hablarles de Dios, los padres se mostraron un poco cautelosos. Le hicieron preguntas sobre sus creencias y en qué aspectos su iglesia era diferente a la de ellos. Anatoly contestó las preguntas, utilizando la Biblia como referencia de lo que les decía. Todavía los padres se mostraron reservados, pero Natasha, la hija mayor, escuchaba atentamente lo que les platicaba el joven.

Evangelismo de amistad

Cuando la iglesia hizo planes para tener una serie de reuniones evangelizadoras, Anatoly invitó a sus nuevos amigos. Natasha quería asistir a las conferencias, pero sus padres se lo prohibieron. Sin embargo, el joven se sorprendió al ver a Natasha, su hermano Vania, y su hermana Lena en la reunión. Anatoly los saludó y les preguntó si habían cambiado de opinión sus padres y los habían dejado asistir.

—No exactamente —dijo Natasha—. Le dijimos a mamá que saldríamos a caminar. Pero he aprendido tanto aquí que quiero seguir asistiendo todas las noches. Yo no sé si mis padres nos dejen «salir a caminar» todas las noches.

Anatoly les prometió que oraría para que siguieran viniendo a las reuniones.

Natasha, Vania y Lena asistieron a las reuniones, pero cuando les pidieron permiso a sus padres para que los dejaran ir a la iglesia el sábado por la mañana, ellos les dijeron que no. Obedeciendo a sus padres, los tres hermanos se quedaron en casa el sábado, pero se negaron a trabajar en ese día, lo cual hizo enojar a sus papás.

Natasha se puso firme.

—Dios es Dios —declaró—. Él no es alguien a quien se alabe una o dos veces por año; a él se lo tiene que adorar todo el tiempo. Y se lo debe obedecer. Lo que él manda tenemos que hacer.

Los tres hermanos trabajaron duro para terminar el viernes las tareas de toda la semana. Así esperaban que los padres los dejaran adorar a Dios el día sábado.

(Continúa en la pág. 31)

Datos de interés

☛ Moldavia está situada al oeste de Rusia y colinda con Ucrania y Rumania. Tiene 4.5 millones de habitantes; casi la mitad vive en las ciudades y la otra mitad en zonas rurales.

☛ En el 2006, casi 12.000 adventistas vivían en Moldavia, o un adventista por cada 383 personas. Poco menos que la mitad de la población son cristianos ortodoxos. Otras denominaciones constituyen el 15 por ciento de la población.

☛ Una parte de las ofrendas del decimotercer sábado de este trimestre ayudarán a construir una nueva iglesia en Kishinev, la capital de Moldavia.

Una puerta más *(Viene de la pág. 20)*

Natasha permaneció firme en su compromiso con Dios y fue bautizada. Vania y Lena se hicieron miembros del club de Conquistadores. Los tres hermanos fueron tan buenos ejemplos para la familia que los padres dejaron de oponerse a que asistieran a la Iglesia Adventista. Cuando los demás jóvenes pidieron permiso para ir a la iglesia con Natasha, Vania, y Lena, los papás les permitieron asistir.

Natasha tiene confianza de que algún día sus padres también se unirán a ellos para adorar a Dios en la Iglesia Adventista. Y Anatoly está muy contento de haber visitado aquella última casa en su territorio. Por su fe, ha hecho nuevos amigos y ha traído una familia a los pies del Salvador.

Nuestras ofrendas misioneras proporcionan los fondos para el evangelismo en los hogares y alrededor del mundo. Gracias por su bondad.

Anatoly Chobanu tenía 13 años cuando conoció por primera vez a la familia Moldovanu, y los condujo a Jesús. Charlotte Ishkanian es la editora de MISIÓN.

Libre al fin *(Viene de la pág. 24)*

que Dios puede cambiar completamente la vida de cualquier persona, no importa cuánto tiempo haya sido víctima de una adicción, o a qué droga esté adicta. Jesús puede liberar a cualquiera del poder de los vicios.

Pero Dios ha hecho más que liberarme de las drogas. Me ha enseñado su amor a través de los miembros de la iglesia, y me ha salvado. Gracias por entregar sus ofrendas misioneras generosamente cada semana para que llegue la luz del amor de Dios a las almas oscurecidas de las personas por las cuales trabajo. Sus ofrendas están salvando vidas para la eternidad.

Sergei Alekseev es el director del centro de rehabilitación en Uzbekistán.

Director General	Gary Krause
Consejero:	Carlyle Bayne
Directora de MISIÓN:	Charlotte Ishkanian
Redactor de la versión en español:	Mario A. Collins
Diagramadora:	Sonia A. Garza

(ISSN-0190-4108)

Es producido trimestralmente por el departamento de Escuela Sabática de la División Interamericana, 8100 S.W. 117th Ave. Miami, FL 33183, EE.UU.

Primer trimestre del 2008. Tomo 98, número 1.